

WULF DORN

PHOBIA



DUOMO EDICIONES

Barcelona, 2016

Título original: *Phobia*

© 2014, Wulf Dorn, www.wulfdorn.net

Representado por AVA internacional GmbH, Alemania
www.ava-international.de

Publicado originalmente en 2013 por Wilhelm Heyne Verlag, Múnich, Alemania

© 2016, de esta edición: Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

© 2016, de la traducción: Beatriz Galán Echevarría

Todos los derechos reservados

Primera edición: mayo de 2016

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Av. del Príncipe d'Astúries, 20. 3º B. 08012, Barcelona (España)
www.duomosediciones.com

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-15945-94-9

CÓDIGO IBIC: FA

DL B 24816-2015

Diseño de interiores:

Agustí Estruga

Composición:

Grafime

Impresión:

Grafica Veneta S.p.A. di Trebaseleghe (PD)

Impreso en Italia

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Para Kirsten y Markus

Gin and Tonic

NOTA PREVIA DEL AUTOR

Para hilvanar esta novela partí de varios acontecimientos que, al contrario de lo que sucede en mi historia, nunca estuvieron relacionados entre sí.

En la descripción de los lugares me permití también una cierta libertad literaria, por lo que apelo a la indulgencia de los lectores conocedores de la topografía.

Así mismo, todos los nombres de personas y lugares que aparecen aquí mencionados han sido inventados por mí, por lo que cualquier parecido con la realidad debería considerarse mera coincidencia.

«La vida no es más que
una breve victoria ante lo inevitable.»

T. C. BOYLE

«Y te enseñaré algo que no es
ni la sombra que te sigue por la mañana
ni la sombra que al atardecer sale a tu encuentro;
te mostraré el miedo en un puñado de polvo.»

T. S. ELIOT

«We are Nobodies,
Wanna be Somebodies.
When we're dead,
They'll know just who we are.»

MARILYN MANSON

«Who made who?
Who turned the screw?»

AC/DC

ÍNDICE

PRIMERA PARTE

El primer paso

15

SEGUNDA PARTE

Lo desconocido en lo familiar

23

TERCERA PARTE

Las voces de los muertos

97

CUARTA PARTE

Entregada

185

QUINTA PARTE

Huellas en la oscuridad

267

SEXTA PARTE

El legado de Job

353

EPÍLOGO

415

AGRADECIMIENTOS

419

PRIMERA PARTE

EL PRIMER PASO

I

El angosto piso, de dos habitaciones, estaba oscuro y mohoso. La luz grisácea de la primera tarde de diciembre apenas lograba abrirse paso por la única ventana de la cocina. Al otro lado, una sucia fachada obstruía las vistas. Daba la impresión de que pocos metros más allá del muro, tiznado de hollín, sólo podía hallarse el fin del mundo.

Si no fuera por el rumor sordo del tráfico que le llegaba desde la cercana carretera de Coldharbour Lane, habría creído que alguien lo había enterrado vivo en aquel bloque de edificios de Brixton.

Una triste tumba.

Se quitó las lágrimas de la cara. Por fin habían cesado los arañazos y los jadeos. Había sido algo breve, no más de uno o dos minutos, pero le habían parecido una eternidad. Aquellos movimientos convulsos y aterrorizados en la habitación de al lado... aquellos jadeos desesperados...

Ahora volvía a reinar la calma, pero él no lograba relajarse. Seguía expectante, con el corazón en un puño, como si no pudiera creer que de verdad hubiese acabado todo.

Al fin asintió. Ya no se oía nada, aunque sabía que los arañazos y los gemidos seguirían resonando en su mente y lo acompañarían durante mucho tiempo. No le cabía la menor duda. Se le aparecerían en sueños, como también lo hacían los otros demonios de su pasado.

Como la luz de aquella mañana de verano reflejada en el aparador. Y la sonrisa de Amy. Dios, qué feliz había sido aquel día... Y entonces, los consternados rasgos del hombre que...

–Déjalo –se dijo en voz alta–. Déjalo ahora mismo, ¿entendido?

Apretó los puños. Sintió ganas de salir corriendo de allí, pero sabía que era demasiado tarde. Se esforzó, pues, en sobreponerse a la angustia que le oprimía el pecho y le dificultaba la respiración, y se concentró en coger aire y soltarlo, una y otra vez, una y otra vez.

Por fin se alejó de la ventana, pasó junto a la mesita que ocupaba una de las paredes de la habitación, provisionalmente convertida en cocina, y encendió los dos fogones que quedaban junto a la pila.

Mientras llenaba un cazo de agua evitó mirar hacia el espejo que había colgado en la pared, justo delante de él. No podía soportar su reflejo, y menos en un día como aquél.

Como no podía ser de otro modo, en la pequeña estantería de la cocina sólo encontró té barato del supermercado. Por suerte, se había acordado de coger una bolsita de su té preferido, un exquisito Earl Grey mezclado con aceite de bergamota que guardó en el bolsillo de su chaqueta.

Metió la bolsita de té en una taza y abrió la nevera para ver si había leche. Encontró una botella, pero estaba abierta y olía a rancio, de modo que volvió a meter la mano en el bolsillo y sacó un paquetito de leche en polvo que también había cogido por precaución. Entonces miró hacia la puerta abierta de la habitación.

Había llegado el momento de ir a ver a Jay. Antes de que hirviera el agua. No podía quedarse demasiado tiempo –su

rutina se habría visto amenazada—, pero la taza de té era importante. Muy importante.

Pese a la enorme resistencia que sentía en su interior, se acercó a la puerta y la abrió. El dormitorio era aún más pequeño que la cocina y sus escasos muebles también parecían sacados de un contenedor o de un mercadillo de segunda mano. Quizá de Camden Lock, en Portobello Road. El antiguo barrio de Jay. Los mercadillos eran su debilidad.

El bueno de Jay... ¿Qué demonios había hecho?

La mayor parte del dormitorio estaba ocupada por una vieja cama de matrimonio y un armario sin puertas.

Vio las delgadas piernas del muerto antes incluso de entrar.

Jay estaba sentado en una postura imposible junto a la cama. Seguramente habría ido resbalando hasta caer al suelo. Parecía dormido. Gracias a Dios tenía los ojos cerrados, y su delgado rostro, cubierto por una incipiente barba de pelo canoso, parecía esbozar una sonrisa. Sólo la postura de las manos, retorcidas entre las sábanas, el tono azulado de la piel y el hilillo de espuma blanca que le salía de las comisuras de los labios evidenciaban el hecho de que Jay no estaba dormido.

—Te dije que era mejor que te estiraras —le susurró, mientras le quitaba los auriculares de las orejas.

Entonces cogió el enorme mando del viejo televisor Sanyo que se había quedado envuelto entre las sábanas, a los pies de la cama, y lo apretó varias veces hasta lograr apagarlo con un lacónico «plop». A continuación hizo lo mismo con el no menos anticuado reproductor de vídeo, en el que había grabado algo para Jay: escenas idílicas de prados estivales, paisajes montañosos, bosques y ríos, acompañados de la música del *Amanecer* de Edvard Grieg,

y *La Primavera* de Vivaldi. Y como sabía que los altavoces de la tele hacía tiempo que no funcionaban, le había prestado los suyos.

A Jay le encantaba la música clásica, y por eso había querido regalarle algo que le gustara. Algo que hiciera más amable su paso al más allá. Y aunque las imágenes del vídeo tenían un cierto tono violáceo, estaba seguro de que la película le había gustado. Al menos al principio había sonreído.

Claro que luego... luego todo se torció.

Debió de poner una dosis demasiado baja en la inyección.

Qué error más tonto, estaba avergonzado, nunca le había pasado nada igual.

El caso es que, al poco rato, en lugar de caer sumido en un plácido sueño, Jay empezó a tener convulsiones. La sonrisa le desapareció del rostro y todo su cuerpo comenzó a contraerse y a moverse espasmódicamente. Con los ojos abiertos como platos, Jay se llevó las manos a la garganta y empezó a respirar con enorme dificultad.

–Vuelve a estirarte –le había recomendado–. ¡Te digo que vuelvas a estirarte!

Pero nada. Como llevaba puestos los auriculares, Jay no podía oírlo. En algún momento pareció que iba a quitárselos, pero no llegó a hacerlo; estaba demasiado ocupado intentando coger aire. Una y otra vez se tocaba el cuello de la camisa de franela, hasta que de pronto se puso a patallar como un loco. Las raídas zapatillas que tenía puestas salieron volando por los aires; los pies, envueltos en unos calcetines de lana, se frotaron con fuerza, haciendo presión con los talones, sobre la alfombra de gamuza, como si Jay se hubiera propuesto hacer un agujero en el suelo en el menor tiempo posible.

Él se había inclinado ante Jay y lo había mirado sin saber qué hacer. Aquello era insoportable. Aquella imagen, aquel sonido... El jadeo se confundía con el llanto y la expresión de sus ojos era terrible: pánico, terror.

Hay que ver cómo nos cuesta dejar este mundo...

Se cubrió la cara con las manos y salió de la habitación.

Ya en el minúsculo salón, esperó mirando por la ventana, con la vista fija en el muro del edificio de enfrente, y lloró por su amigo, su único amigo, que en aquel momento estaba sufriendo la tortura de una muerte atroz.

Pero ahora había acabado todo, al fin. Ya había dado el primer paso.

Metió el vídeo y los auriculares en una bolsa de plástico que luego tiraría al contenedor que había varias calles más allá. El estuche con la inyección, en cambio, no los guardó en el bolsillo interior de su chaqueta. Aún tendría que utilizarlos una vez más.

Se inclinó hacia delante y estiró a Jay en la cama. Aunque el cuerpo inerte del anciano apenas pesaba cincuenta y cuatro kilos, al moverlo le pareció infinitamente más pesado.

—Lo siento, amigo —susurró—. No tenía que ser así. Pero ahora ya está, ya ha pasado. Era lo que querías, ¿no?

Lanzó un suspiro y fue hasta la cocina, donde el agua había empezado a hervir. Se llenó la taza, echó el resto del agua a la pila y limpió el cazo concienzudamente, asegurándose de no dejar ninguna huella dactilar en él. Luego lo cogió con un trapo y lo puso en su sitio, bajo la mesa.

Volvió a mirar una vez más por la ventana y dio un sorbo al té. Aunque había tenido que renunciar a la leche normal, tuvo la sensación de que era el té más exquisito que había probado en toda su vida.

Será porque es el último, se dijo.

A partir de aquel día ya no le gustaría el té. A partir de aquel día tomaría café, y en concreto un café arábigo de Colombia, solo, con un poco de azúcar. Aquél sería uno de los miles de detalles que conformarían su metamorfosis. Su nueva personalidad.

Dio el último trago y limpió también la taza, frotándola cuidadosamente con el trapo de cocina de Jay y colocándola después junto al cazo, bajo la mesa.

Ya he dado el primer paso, se repitió.

Había llegado el momento de dar el segundo.

Cerró los ojos un instante y se preparó para lo que estaba a punto de realizar.

Se repitió una vez más que su plan era correcto.

No iba a cometer errores. Al contrario, lo que tenía pensado cambiaría el mundo. No todo el mundo, eso era cierto, sino más bien un micromundo, pero... ¿no dicen los que saben que para alcanzar algo grande hay que empezar por algo pequeño?

Enrolló el trapo de cocina y lo sujetó con los dientes, concentrándose con toda el alma en el rancio sabor que notó en la lengua.

El corazón le latía a gran velocidad, y por un segundo sintió el deseo de echarse atrás. Tenía miedo, pero eso estaba bien. El miedo lo espolearía. Sería su motivación. El miedo lo ayudaría a seguir adelante y completar su transformación. Para alcanzar su meta debía entregarse por completo, por grande que fuera su temor.

Con aquella convicción, mordió el trapo aún con más fuerza y puso los dedos sobre la superficie incandescente de los fogones.

SEGUNDA PARTE

**LO DESCONOCIDO
EN LO FAMILIAR**

Mucho tiempo después, cuando todo hubo acabado, Sarah Bridgewater escribió esto en su diario:

El destino es como un guardaguas: une a la gente y luego vuelve a separarla. Y, si le apetece, hace que acaben encontrándose ante alguno de los andenes más inverosímiles, de un modo que ni en sueños habrían imaginado.

Mientras escribía aquellas líneas lo recordaba todo, una vez más. Tenía el pulso tembloroso, y el silencio se cubría de miedo; un miedo que parecía haber estado esperando el momento adecuado para abalanzarse sobre su familia... y devorarla.

Ahora, echando la vista atrás, estaba convencida de que podía haberse dado cuenta de las pistas, de los pequeños indicios, de las discretas insinuaciones que le pasaron desapercibidas y precedieron a todo aquel horror.

Pero ella no se dio cuenta de nada, y la desgracia fue abriéndose paso sin que nadie pensara en detenerla. Se arrastró por la oscuridad y sólo salió a la luz para golpear con fuerza, repentinamente, sin más.

Todo empezó con aquella pesadilla de Harvey en la que aparecía un enorme perro negro. El resto... no es más que una historia inexplicable.

3

En la noche del 4 de diciembre, un viento helado recorría las calles de Forest Hill. Los termómetros habían bajado por debajo del cero en los últimos días, pero, en contra de todos los pronósticos meteorológicos, la nieve del Adviento se resistía a caer.

La casa de la familia Bridgewater se hallaba en uno de los mejores barrios residenciales del sur de Londres. Rodeada por unos setos enormes y siempre perfectamente podados, la entrada desde la calle era muy señorial y dejaba a la vista la insólita construcción de aquella casa de dos plantas: en las paredes enladrilladas, de claro estilo georgiano, se combinaban elementos de cristal y hormigón, en una interesante fusión de clasicismo británico y modernismo que en absoluto renunciaba a la armonía.

Fue el propio Stephen Bridgewater quien diseñó la casa, por la que ganó un renombrado premio de arquitectura y otro de protección medioambiental. Y es que para realizarla utilizó una novísima técnica de aislamiento térmico que resultó ser extraordinariamente efectiva, además de barata. Aquello fue un disparadero; la mejor publicidad laboral que habría podido imaginar. En poco tiempo, tanto el diseño como el concepto y el uso de los materiales se pusieron tan de moda que Stephen tuvo que coordinar una exposición en la sede del gremio de archi-

tectos de Londres y acabó montando su propia empresa unipersonal.

Al principio ambos temieron que lo que había dado en llamarse «el modelo Bridgewater» no fuera más que una tendencia pasajera, una moda que desaparecería antes de que él hubiera tenido tiempo de levantar la empresa, pero no fue así, y Stephen pronto empezó a recibir encargos de clientes privados y públicos de todo el país. De ahí que tuviera que viajar continuamente por todo el Reino Unido.

Como aquella noche.

Debían de ser ya las doce y media, y la casa estaba sumida en la más completa oscuridad. Sólo podía verse algo de luz a través de una de las ventanas de la primera planta.

Como venía sucediéndole desde hacía unos meses, cuando Stephen no estaba en casa, a Sarah le costaba mucho dormir. Se sentía algo ridícula por ello, y más teniendo en cuenta que nunca antes le había pasado, pero así estaban las cosas...

Durante los quince años que llevaban casados, Stephen había pasado muchísimas noches fuera de casa, y ella misma había viajado varias veces al extranjero por trabajo, pero jamás le había costado conciliar el sueño. Ni siquiera entre las paredes de papel de la habitación de algún hotel.

Sin embargo, de un tiempo a esta parte todo se había vuelto distinto. En algún momento, aquella serenidad empezó a desfigurarse de un modo lento y progresivo, apenas perceptible. Poco a poco empezó a sentir un miedo insólito, una angustia inexplicable. La primera vez que se sintió así había sido poco más de un año antes. Desde entonces, el desasosiego no había querido abandonarla, y aparecía especialmente cuando se quedaba sola.

Su médico de cabecera había definido lo que le ocurría como una alteración fóbica y le había recomendado acompañamiento psicológico para despejar los orígenes de aquel

temor. Sin embargo, la terapia no había surtido el efecto deseado y Sarah cada vez tenía más presente una frase que leyó en una ocasión en una novela de Shirley Jackson: «Sea lo que sea lo que aquí se esconde, saldrá solito a la luz».

Y ahora, aquel 4 de diciembre, el miedo había vuelto a aparecer.

Como una ráfaga de aire helado.

Sacudió la cabeza para alejar de sí aquella angustia, echó un vistazo al reloj y volvió a concentrarse en el manuscrito que Nora le había enviado.

He aquí una de las mayores ventajas de trabajar en casa, se dijo. Uno es dueño de su tiempo, y en las noches de insomnio puede incluso llevarse el trabajo a la cama.

Echó un vistazo a las primeras páginas del manuscrito y leyó la notita que lo acompañaba:

Disculpa, querida; me temo que, una vez más, no te gustará. Pero se venderá bien, ya lo verás. Será una de las joyas de la corona y lo notarás en tus honorarios.

Avísame si pese a todo no quieres hacerlo, ¿vale? Descuida, lo entenderé.

¡Te echo mucho de menos!

Todo mi amor y un saco de besos,

Nora

Sarah sonrió. Sí, ella también echaba de menos el tiempo en que Nora y ella trabajaron juntas, puerta con puerta. Añoraba el humor ácido de la editora y su frescura juvenil, que se conservaba intacta pese a que hacía ya tiempo que había celebrado su cincuenta cumpleaños.

Pese a todo, tenía motivos para no querer volver a la editorial. Motivos de peso. Como por ejemplo el timbre de

la puerta de entrada, que de pronto fue incapaz de oír sin que le sobrevinieran ataques de ansiedad; o la sala de reuniones, a la que ya no podía entrar sin sentir que un sudor frío le recorría la espalda y una irrefrenable necesidad de salir corriendo de allí. Motivos que la mayoría de sus colegas relacionaron con la locura y que, por tanto, le hacían difícil continuar trabajando allí.

Ni siquiera su psicólogo tenía claro a qué obedecían aquellos brotes psicóticos; eso era obvio. Pese a la amable aquiescencia que siempre le mostraba, Sarah estaba convencida de que tampoco él lograba entenderla.

De modo que pasó a trabajar desde casa, en un entorno conocido y amable, haciendo informes de lectura y corrigiendo las obras que Nora continuaba confiándole. Jamás había rechazado un trabajo y no sería aquella la primera vez. Valoraba demasiado su amistad con Nora como para estropearla por una cuestión profesional. Y más teniendo en cuenta que la editora jamás le había preguntado por qué dejaba el trabajo ni había cuestionado su decisión. No cabía la menor duda de que su dimisión la había afectado mucho, pero de su boca no salió ni una sola queja. Por el contrario, Nora enseguida se ofreció para ayudarla en todo lo que pudiera.

–Seguiré pasándote trabajo si quieres –le había dicho, y Sarah se lo agradeció de todo corazón.

Cogió, pues, el manuscrito, y se dedicó a leer la última obra de un joven autor al que la crítica había convenido en bautizar como «el último gran maestro del terror».

La novela narraba una de esas típicas historias de asesinatos en serie que en los últimos tiempos venían llenando sorprendente y profusamente las librerías y que ofrecían unos interesantes beneficios a sus editores. En esta ocasión

la historia estaba protagonizada por un psicópata que sentía verdadera obsesión por las embarazadas, a las que abría en canal para sacarles el embrión que llevaban en el cuerpo y finalmente ahogarlas con él.

Debería titularse Superventas en repugnancia, pensó Sarah, moviendo la cabeza hacia los lados. Tenía ante sí más de cuatrocientas páginas de absurda violencia y provocación burdamente alejada de la realidad, cuyo único objetivo era superar a la competencia con una nauseabunda falta de escrúpulos y una repulsiva atracción por la sangre. Infumable, por decirlo rápido y bien.

Pero lo leería hasta el final y se concentraría en los aspectos más puramente literarios, como hacía siempre en aquellos casos. Por Nora y por ella misma. Tras la obligada interrupción de su carrera laboral, ponerse a trabajar desde casa la había ayudado a recuperar gran parte de su autoestima. Ahora se sentía útil y viva de nuevo, por mucho que Stephen no dejara de recordarle que no tenía que trabajar, puesto que él ya ganaba lo suficiente.

Stephen no la entendía, o no quería entenderla. Quizá tenía miedo de enfrentarse a su propio matrimonio, del que sólo se sostenía la fachada. Quizá no quería entrar en aquel edificio en el que, tras una apariencia rigurosamente feliz y envidiablemente perfecta, había emergido algo extraño y desconocido. Algo que, quizá, debería darles miedo.

Sarah no tenía la menor duda de que ese algo existía; pero no quería pensar en ello.

Y menos de noche, y menos sin Stephen en casa.

De modo que se preparó para otra noche de insomnio y lectura de un manuscrito infumable.

Apenas un cuarto de hora y varias asquerosidades después (acababa de descubrir lo que el ácido de las pilas

podía provocar en los genitales femeninos), oyó el sonido suave de unos pies desnudos que avanzaban por el pasillo.

–¡Mami!

Ahí estaba Harvey, con su pijama estampado de coches, mirándola con los ojos como platos. Sarah se asustó al verlo: su precioso hijo, de seis años, tenía la marca de las sábanas en la mejilla izquierda y estaba empapado en sudor, de modo que su fino pelo rubio se le había pegado a la frente. Y tenía los ojos llorosos.

–Harvey, cielo, ¿qué te ha pasado?

El pequeño subió a la cama, reptó bajo las sábanas y se acurrucó junto a su madre.

–En el jardín hay alguien.

Sarah arqueó una ceja.

–¿Cómo que hay alguien? ¿Quién iba a querer pasearse por nuestro jardín en plena noche, mi vida?

–Un hombre.

–¿Un hombre? Cielo, seguro que has vuelto a tener una pesadilla, como aquella del perro negro...

–No –la interrumpió Harvey, mientras tragaba saliva bajo la manta–. Me ha despertado porque no paraba de dar golpecitos en mi ventana.

–¿Cómo que daba golpecitos en tu ventana? ¡Eso es imposible!

–¡Pues lo ha hecho! –insistió él, apretujándose aún más contra ella.

–Cariño, estamos en la planta de arriba, ¿recuerdas? El hombre tendría que poder volar para dar golpecitos en tu ventana...

–¡Pues lo ha hecho, te lo juro!

Sarah acarició suavemente el pelo de su hijo, que seguía empapado, y le dijo:

–Bueno, vamos a calmarnos un poco y luego iremos a comprobar que lo que has tenido era una pesadilla, ¿te parece bien?

–¡No, no, fatal! –gritó Harvey, horrorizado–. Tal vez aún esté allí.

Poco a poco, Sarah empezó a preocuparse. Ya estaba acostumbrada a que la brillante imaginación de Harvey llevara a éste de vez en cuando a su cama, como pasaba con todos los niños de su edad, y entendía que el pequeño tuviera pesadillas de vez en cuando –la semana anterior, sin ir más lejos, aseguró que había visto un enorme perro negro en la cocina, y no hubo modo de hacerlo cambiar de opinión–, pero esta vez... Esta vez parecía distinto.

Harvey parecía más asustado.

Más convencido de lo que decía.

Vio el miedo reflejado en los ojos de su hijo y ocultó su propio desasosiego con una sonrisa.

–Mira, cielo, si veo un hombre en tu ventana la abriré y lo echaré de aquí, ¿te parece? Los desconocidos no tienen que entrar en nuestra casa, y menos aún llamar a tu ventana para despertarte, hombre, faltaría más.

–¿Vas a echarlo de casa? ¿Tú sola?

–Pues claro. –Sarah apartó la manta y se levantó–. ¿O crees que no podré hacerlo?

–Es que es muy alto. Tanto como papi.

Sarah se cubrió con la bata y puso los brazos en jarras. Se apartó de la cara un mechón de pelo rubio y largo con un gesto teatral y puso la voz que siempre ponía para imitar al gigante de *Juan y las habichuelas mágicas*, que era el cuento preferido de Harvey.

–Bueno –dijo en aquel tono grave–, ya verás como se marcha corriendo en cuanto vea a la gigante de tu mamá.

Y si no se va, le chafaré todos los huesos y haré con ellos harina para el pan. ¡Zas! ¡Zas! ¡Zas!

Le había leído aquel cuento miles de veces, y al llegar al momento de la harina su hijo siempre dejaba escapar alguna risita, pero en aquella ocasión continuó serio.

¿Y si era cierto que había visto a alguien?

Imposible, se dijo. No ha sido más que otra pesadilla. Nada más.

Pero cuando salió al oscuro pasillo sintió que la atenazaba una angustia muy extraña.

Y entonces lo oyó.

Se detuvo en el acto y tragó saliva.

No era de extrañar que el niño estuviese aterrorizado, pues el sonido era espeluznante.

Como unas uñas repiqueteando en el cristal.